

Patricia Lockwood



# Poco se habla de esto

Traducción de Inga Pellisa



ALPHA DECAY



*para Lena, que era una campana*



¡Gente!  
¡Ya basta!  
¡Hacia el sol!  
¡De frente!

**VLADIMIR MAYAKOVSKY**

«Yo y Napoleón»



## PRIMERA PARTE







Abrió el portal, y la mente corrió a recibirla con los brazos abiertos. Dentro, hacía un día tropical y nevado, y el primer copo de la ventisca de todas las cosas le aterrizó en la lengua y se fundió.

Primeros planos de manicura artística, un pedrusco del espacio exterior, los ojos compuestos de una tarántula, una tormenta como de melocotón en almíbar en la superficie de Júpiter, *Los comedores de patatas de Van Gogh*, un chihuahua encaramado a una erección, una puerta de garaje con una pintada en letras de espray que decía ¡PARA YA! ¡NO LE MANDES EMAILS A MI MUJER!

¿Cómo podía ser que el portal transmitiera esa sensación de privacidad, si solo entrabas cuando querías estar en todas partes?



Palpó el mármol verde y macizo del día buscando la grieta finísima que le permitiera salir. Eso no se podía forzar. Fuera, el aire colgaba en un drapeado, y las nubes reposaban en pilas de

relleno de sofá, y al sur del cielo había una zona sensible en la que quería aparecerse un arcoíris.

Luego tres sorbos de café y se abrió una ventana.



Veo muy claro que el mundo empieza a estar demasiado lleno lol, le dijo por mensaje su hermano, el que se borraba a sí mismo del mapa todas las noches con un cometa personal llamado Fireball.



¡El capitalismo! Había que odiarlo sin excusa, aunque fuera tu medio para ganar dinero. Notó poco a poco, poco a poco, que se iba desplazando a una postura tan filosófica que ni Jesús podría haberla sostenido: que debía odiar el capitalismo al mismo tiempo que adoraba las secuencias de montaje ambientadas en grandes almacenes.



¡La política! El problema era que ahora tenían un dictador, cosa que, según cierta gente (blanca) no habían tenido nunca, y según otra (toda la demás) no habían dejado de tener, sin interrupción, desde los principios del mundo. Le aterraba su propia estupidez, y también el sonido de su voz cuando hablaba con personas que todavía no habían dejado de ser estúpidas.

Por desgracia el dictador era tronchante, cosa que igual se podía decir de todos los dictadores. *El absurdismo*, pensó. De pronto, todas esas novelas rusas en las que un hombre se convertía en una cucharadita de mermelada de mora en una casa de campo comenzaban a cobrar sentido.



¿Cuál era ese pensamiento maravilloso, esa brillante cavilación que la había hecho despertarse para anotarla? Abrió el cuaderno con la expectación que sentía siempre en tales ocasiones; tal vez era esa, por fin, la que grabarían en su lápida. Decía:

*chuck e cheese me puede roer un agujero en el ya-sabes-qué.*



Cuando te murieses –pensó mientras se enjabonaba minuciosamente las piernas bajo las finas agujas de agua, pues había descubierto hacía poco que alguna gente no acostumbraba a hacerlo–, verías un gráfico circular que te informaría de la porción de vida que habías pasado en la ducha discutiendo con gente que no conocías. Ah, pero ¿acaso era menos digno dedicar el tiempo a eso, por algún motivo, que a llevar un concienzudo seguimiento del grosor de las madrigueras de los castores para predecir la rigurosidad del invierno siguiente?



¿Se había puesto a *estimear*? Mucho se temía que sí.



Cosas que siempre estaban ahí:

El sol.

Su cuerpo, y una levisima ondulación en la raíz del pelo.

Una cuasimúsica en el aire, rudimentaria, primordial y arremolinada, como hilos con sus colores extendidos aguardando.

La sintonía de un programa de su infancia en el que los maniqués de unos grandes almacenes cobraban vida por la noche.

Imágenes anónimas del canal de historia con legiones grises marchando, aviones con morro de tiburón, despliegues de misiles en paracaídas, nubes de hongo.

Un episodio de *Vida Real* sobre una chica a la que le gustaba untarse en aceite, meterse en una olla con verduras variadas y fingir que se la iban a comer unos caníbales. En un sentido sexual.

El dispensamiento casi formado: ¿¿¿Tengo un bicho???

Una vergüenza enorme por todo, por todo.



¿Adónde había ido a parar aquella antigua tiranía, la tiranía del marido hacia la esposa? Ella sospechaba que se había canalizado en su mayor parte hacia ideas extrañas en torno a suplementos nutricionales, a si el vinilo tenía o no un sonido más «cálido» y a qué cafeteras eran como *cagarse en la boca del cristo del café*. «Hace cien años estarías picando carbón y tendrías catorce hijas que se llamarían todas Jane», se decía a menudo, mientras contemplaba maravillada cómo un hombre blandía el dedo hacia su mujer frente a un expositor de Keurig. «Hace doscientos años, igual estarías en una cafetería de Gotinga, sacudiendo el periódico, debatiendo las cuestiones del día... Y yo en casa, sacudiendo las sábanas por la ventana, sin saber leer.» Pero ¿no parecía siempre que detrás de la tiranía estaba la mano de la forma en que funcionaban las cosas?



Era un error creer que otra gente no tenía una vivencia de la vida tan profunda como tú. Además, tampoco es que la tuya fuese tan profunda.



El nivel de fisgoneo desplegado era enorme, y las implicaciones estaban aún por conocer. Los diarios de otra gente emitían en directo a su alrededor. ¿Debía pararse a escuchar, por ejemplo, las conversaciones entre adolescentes? ¿Debía seguir con esa avidez los cumplidos que sheriffs rurales dispensaban a estrellas porno, sin reparar en que la gente los estaba viendo? ¿Y aquel hilo de mujeres descubriendo todas ellas que tenían exactamente la misma cicatriz en la rodilla? «¡Yo también tengo esa cicatriz!», soltó una mujer blanca, pero fue excluida con eficiencia y presteza, porque la suya no era igual, había interferido en una nostredad, el mundo en el que ella se había hecho esa cicatriz no era el mismo.



Todas las mañanas quedaba aplastada, dichosa, bajo un alud de detalles, fotos de desayunos en la Patagonia, una chica aplicándose la base de maquillaje con un huevo duro, un shiba inu en Japón brincando sobre una pata y la otra para recibir a su dueña, mujeres de palidez fantasmal colgando fotos de sus moratones: el mundo estrechando más y más el cerco, la telaraña de conexiones humanas tan tupida ya que era casi como seda lisa y reluciente, y el día todavía no había empezado para ella. ¿Qué significaba que le estuviese permitido ver todo eso?

Si le daba por morderse el labio inferior, como hacía casi siempre después de la leche y la amargura de civeta de su café matutino, se metía en el baño, con la hiedra dejándose crecer el flequillo al otro lado de la ventana, y con mucho cuidado se pintaba la boca de un rojo definido, intenso, como de sentarse

sobre un piano, como si la esperasen esa noche en un club clandestino en el que se desnudaría como una lentejuela perdida en combate, en el que condensaría toda la nube crepuscular del sentimiento humano en una canción de seis palabras.



Le dolía algo en el cogote. Era su nueva conciencia de clase.



Cada día la atención del mundo debía virar, como el brillo en un banco de peces, todos a un tiempo, hacia una persona nueva a la que odiar. A veces el sujeto era un criminal de guerra, pero otras se trataba de alguien que había perpetrado una atroz sustitución de ingredientes en el guacamole. No era tanto el odio lo que a ella le interesaba como la rapidez con la que se disolvía, como si su sangre colectiva hubiese tomado una decisión. Como si fueran una especie que soltaba bocanadas de veneno, o tinta negra en una nube en el lecho oceánico. O sea, ¿tú has leído el artículo ese sobre la inteligencia de los pulpos? ¿Te has enterado de que los pulpos están saliendo del mar en procesión, a tierra firme, en resbaladizos y obedientes ejércitos?



«Ahjajaja!», gritó, a la nueva y más divertida manera de reír, mientras miraba las imágenes de unos cuerpos saliendo despedidos de una atracción en la Feria Estatal de Ohio. Sus trayectorias en el aire eran puros arcos jubilosos, las camisetas se volvían líquidas sobre ellos, fíjate lo que podía hacer la carne cuando cedía, de cabeza al crujido claudicador de la...